

FRÉDÉRIC SCHIFFTER

Filosofía sentimental

Traducción de Elena M. Cano e Íñigo Sánchez-Paños



documentos

ISBN 978-84-92891-12-2

PRIMERA EDICIÓN
2012

TÍTULO ORIGINAL: *Philosophie sentimentale*

© DEL TEXTO: Frédéric Schiffter, 2010
© DE LA TRADUCCIÓN: Elena M. Cano
e Íñigo Sánchez-Paños, 2012

Xaudaró, 25
28034 Madrid - España

tel 913 344 890 - fax 913 344 894

info451@451editores.com
www.451editores.com

EDICIÓN
451 Editores

PROYECTO VISUAL Y DIRECCIÓN DE ARTE
Departamento de imagen y diseño GELV

COORDINACIÓN DE PRODUCCIÓN Y MAQUETACIÓN
Área I+D de soportes editoriales GELV

IMPRESIÓN
Edelvives Talleres Gráficos
Certificado ISO 9001
Impreso en Zaragoza, España

DEPÓSITO LEGAL: Z-3988-2011

Todos los derechos reservados. Esta publicación
no puede ser reproducida sin el permiso previo
por escrito de los titulares de los derechos.

UNO

Quien no dispone de dos tercios del día
para sí mismo es un esclavo.

Friedrich NIETZSCHE

HAY EN MI OPINIÓN DOS NIETZSCHE: EL PROFETA DEL SUPERHOMBRE, del eterno retorno, de la transmutación de valores y, antes de ese período, cuando su amistad con Paul Rée, el examinador de los sentimientos morales, aficionado a los maestros franceses del aforismo y de la máxima «quienes, como diestros tiradores —dice— atinan siempre y dan siempre en la diana [...] de la naturaleza humana». No pocos exégetas de Nietzsche, focalizados en el alcance ético y político del tema de la voluntad de poder, olvidan la admiración del pensador hacia sus precursores, «psicólogos» según sus propios términos, tales como Montaigne, La Rochefoucauld, Pascal, Chamfort y, además naturalmente de Schopenhauer, Paul Bourget. A partir de ahí, se dividen en «nietzscheanos» y «antinietscheanos». Los primeros ven en él un filósofo de la subversión, un genealogista de los valores burgueses, al que convendría rescatar de las garras de un bando reaccionario, incluso fascista, dispuesto a erigirle en teórico de sus doctrinas. Los segundos lo denuncian por sofista decadente, enemigo del progreso y del humanismo, un esteta de la fuerza.

Poco me importa que Nietzsche sea un revolucionario, un antidemócrata cristiano, lo contrario de un intelectual de izquierdas. El visionario me aburre, el moralista a menudo me conmueve. Por eso limito mi interés a sus obras escritas entre 1877 y 1883, desde *Humano, demasiado humano* —de donde proviene la cita (§ 283)— hasta *La gaya ciencia*, pasando por *Aurora*; y dejo a un lado lo que llaman los especialistas «textos de madurez»: *Así habló Zaratustra*, *Más allá del bien y del mal*, *La genealogía de la moral*, *El Anticristo*.

18 «Quien no dispone de dos tercios del día para sí mismo es un esclavo»... Ante el solo anuncio de esta sentencia, cualquier empleado realiza al instante, en su interior, una resta. Si a las veinticuatro horas del día les quita las que pasa trabajando, es decir, por regla general y en el mejor de los casos, ocho horas, se queda tranquilo: ¡le salen los dos tercios! Pero sabe perfectamente que el cálculo no es exacto; porque a las horas de oficina, de fábrica, de tienda, se añaden las horas de transporte —ir de casa al trabajo ya es trabajar, y regresar del trabajo a casa sigue siendo trabajar—; y una vez en su casa, a la fatiga nerviosa se une la preocupación por las tareas domésticas, no menos pesadas e ingratas. De modo que, si suma todos esos momentos que no le pertenecen, solo le queda como tiempo propio una noche de sueño bastante corta, descanso indispensable, brutalmente interrumpido por el timbrazo del despertador, igual de ensordecedor que la sirena que ordenaba antaño a los proletarios volver al tajo.

Al escribir esta frase, Nietzsche no piensa tan solo en la bestia de carga del siglo XIX —en el obrero, en el minero, en el jornalero agrícola, etcétera—, cuya lamentable vida pinta en

sus novelas Zola, contemporáneo suyo, sino en el «hombre de Estado», en el «comerciante», en el «funcionario», en el «sabio», según él mismo puntualiza. Porque por muy elevadas que sean sus posiciones sociales, los banqueros, los hombres de negocios, los ingenieros, los dirigentes de una nación o de un imperio industrial que solo se dedican a misiones, proyectos, empresas, obras, planos, en resumen, a un sinfín de actividades en las que deben someterse tanto a las obligaciones horarias como a los apremios del calendario, no disfrutan más que sus modestos trabajadores, e incluso menos, de un tiempo para ellos. En esto, a pesar de su rango, de su fortuna y, evidentemente, de su poder, se diferencian de los señores feudales, que reinaban sobre una población de siervos y cuya vida oscilaba entre la guerra y la fiesta, y nunca se envilecían en el tajo por muy lucrativo y socialmente ventajoso que fuera. Si Nietzsche retoma aquí y hace suyo el desprecio que siente el noble por el burgués, porque el primero dedica su tiempo a los placeres —el *otium*— y el segundo lo invierte en provecho de sus asuntos —el *negotium*—, es para señalar lo que en el negocio es propiamente innoble: el olvido de uno mismo. Nuestra época le da la razón. Cuando desde la mañana a la noche se tiene la cabeza repleta de obsesiones bursátiles y los ojos atornillados a la pantalla del ordenador en la que toman vida las curvas de las cotizaciones financieras; cuando uno se mueve de una cita de negocios a una reunión de directivos, de juntas del gabinete ministerial a visitas de los administrados, la desgracia no es solo no disfrutar de un tiempo propio, sino sobre todo no usar un tiempo para uno mismo. El director general, el ministro, el ejecutivo, el agente de bolsa, etcétera, al igual que el tendero, el peón caminero, el

soldador, el contable, pertenecen cada uno a una «especie», por decirlo como Nietzsche, y por su actividad repetitiva y unívoca se ven privados de una «individualidad bien definida», razón por la cual son intercambiables. Que su especificidad profesional domina por completo su propia vida no se manifiesta nunca con tanta evidencia como cuando abren la boca. No es que «hablen todo el tiempo de trabajo», como suele decirse, sino que es el trabajo quien habla por boca de ellos, como una musa sin imaginación, aunque prolija e inagotable, incrustada en sus cabezas y en sus corazones, y que, como un ventrílocuo polifónico, los obliga a repetir el mismo mensaje, relleno con las mismas fórmulas, los mismos giros, el mismo léxico. Y, naturalmente, cuanto más impersonal es la función que realizan a tiempo completo y exige de ellos una disponibilidad lindante con el sacerdocio, más entran en el juego, porque encuentran en él una vocación, incluso un sentido a su existencia. El trabajo es su vida. En este sentido, el ejemplo más notorio es el del nuevo representante de comercio, integrado en la clase media, al que hoy se denomina por afán de modernismo «comercial». Cabría pensar, si no fuera por el invento del nombre, que la especie de los «comerciales» no se diferencia realmente de la especie de los viajantes de comercio de la que deriva, y sería cierto. Igual que ocurría con los viajantes, el «comercial» se somete a patrones que, a su vez, obedecen a accionistas que le ordenan que consagren sus días a la empresa con el fin de colocar, se desplacen o no, la mayor cantidad de mercancía posible. En lo que se diferencia del viajante es en la conciencia que tiene de sí mismo. Salvo, sin duda alguna, su satisfacción por escapar de la ignominia de la producción en una fábrica y de pasar a formar

parte de la categoría de «cuello blanco», el viajante se abstenía de toda fanfarronada sobre su carrera y no se sacrificaba por la religión del mercantilismo. El comercial, condicionado, educado y formado para la venta bien en escuelas específicas bien sobre el terreno, no tiene ni ese pudor ni esa modestia. Incluso le están prohibidas. Por muy humillante que sea su destino, que consiste en borrar su propia vida con el fin de promover la existencia gloriosa de «productos», mantiene sobre su empleo servil un discurso cuyo entusiasmo forzado exalta un heroísmo sin convicción. «¡Nosotros, los informáticos, somos los reyes!», declara el triste y anodino Tisserand, «comercial» itinerante que, en *Ampliación del campo de batalla*, de Michel Houellebecq, forma tándem con el narrador. Si uno se cree lo que dice, el «comercial» defiende apasionadamente en la guerra del mercado una causa, la de una sociedad a la que llama su «empresa». De modo que con su «empresa» él pelea en un bando. Se mete en «campanas», participa en «operaciones», «arriesga», adopta «estrategias», toma un «posicionamiento» u otro, abre nuevos «frentes», etcétera. En cuanto se enrola en un «equipo» de más «comerciales», se adapta inmediatamente a la situación. Como si se revistiera con un uniforme mental, ya no emplea en sus frases «yo» sino «nosotros», ese «nosotros» profesional con el que termina conjugando todos los tiempos de su vida individual; de ahí, el cataclismo que le devasta el alma cuando, al recibir una carta de despido, comprende, demasiado tarde, que nunca había contado como compañero de equipo de nadie sino como un *efectivo* variable del personal.

Para darle la última pincelada al retrato nietzscheano del esclavo habría que añadir seguramente un toque sartriano y

precisar que, por seguir con nuestro ejemplo, si un tipo juega al «comercial» día a día con tanta seriedad, durante más de dos tercios de su tiempo, es porque probablemente opta con plena conciencia, como el camarero de *El Ser y la Nada*, por una existencia inauténtica: sabiendo —diría Sartre— que no es lo que es, es decir, un «comercial», y que es lo que no es, es decir, un hombre cuya vida no puede reducirse a un oficio, el «comercial» estaría por lo tanto encerrándose *libremente* en una conducta de *mala fe*. El «comercial», dicho de otro modo, también sería esclavo en cuanto estaría encarnando un modo de *servidumbre voluntaria* no tanto por un mandamiento institucional —aunque el «comercial» en su «empresa» se muestre sometido— como por un repertorio de comportamientos automáticos inherentes a su función, y todo para huir de su singularidad. Así cuando, para subrayar el olvido de sí mismo por parte del esclavo de su trabajo, Nietzsche habla de pertenencia a una «especie», Sartre evoca por su parte una cosificación de sí mismo por la afiliación escogida a una *serie*.

Sin duda alguna, nada parece más imperioso para *un* «comercial» que convertirse en *el* «comercial» en sí, y que buen número de empleados compartan ese anhelo de identificación con un papel ideal, sean cuales sean, una vez más, el terreno en el que oficia o su rango jerárquico. Siendo el hábito como es, según una expresión exacta, una segunda naturaleza, a fuerza de imitar los gestos y la práctica de un lenguaje designados como adecuados a su tarea, todo en ellos, desde la fisonomía a las maneras, termina por tomar la forma imaginada y deseada de su modelo estereotipado de esclavitud. Por eso, si efectivamente hay en ello una servidumbre, no es, como opina

Sartre, voluntaria sino más intrínsecamente *deseada*. Entregar su tiempo a una empresa que dispondrá de él según sus necesidades o los avatares del mercado, y no destinarlo más que a una actividad profesional de la que dependerán todos los demás momentos de la vida, revela un hastío de sí mismo, que puede traducirse por otra parte en autodestrucción física, como lo prueba la actualidad de los suicidios en el trabajo. Donde un gestor de recursos humanos utiliza el término «motivación» para designar el celo ciego con el que los neoesclavos se pliegan en cuerpo y alma a los imperativos y a los mecanismos de tal o cual negocio, hay que entender una violenta voluntad de vivir sin personalidad o, si se prefiere, una voluntad de ser inexistente, como si esos humanos, al haber experimentado con dolor su emancipación de la indiferenciación animal, no hubieran dejado de negarse a sí mismos en un trabajo impersonal. No hay, pues, ninguna elección deliberada en su orientación hacia una vida de labor colectiva y anónima, ninguna obediencia tampoco ante una coacción, sino simplemente la fobia *nativa* a individualizarse, reforzada por el apetito de fundirse en un Todo; buena prueba de ello es el orgullo con el que muchos enarbolan la razón social de su sociedad como una identidad. Semejante necesidad de asumir un papel de figurante social, a contrapelo de lo que afirma Sartre, se debe a una conducta de buena fe. Nietzsche diría que da testimonio de un «natural esclavo».

Cuando Nietzsche, de nuevo en *Aurora* (§ 173), recuerda que el trabajo es la «mejor policía» porque «mantiene atado en corto a todo el mundo y sirve para impedir el desarrollo de la razón, de los deseos y de las ansias de independencia», sus razonamientos se aplican de maravilla a otra forma moderna

de desposesión del tiempo individual y de sincronización de las existencias: las distracciones. Como sector avanzado de la industria y, sobre todo, del consumo, las distracciones, al inscribirse en la prolongación del trabajo de los esclavos y ocupar un espacio cada vez más importante en el horario de estos, consumidores, por decirlo como Nietzsche, «una extraordinaria cantidad de fuerza nerviosa» y se la sustraen «a la reflexión, a la meditación, a la ensoñación», «ponen ante los ojos constantemente objetivos mezquinos y satisfacciones fáciles y banales»; de tal modo que, en una sociedad en la que los neoesclavos buscan divertirse cueste lo que cueste y permanentemente, la barbarie le gana la partida a la civilización o, si se prefiere, la vulgaridad al gusto. Porque lo que los esclavos contemporáneos llaman *las* distracciones —todo ese tiempo que sacrifican con frenesí a lo audiovisual, a la comunicación informática, a las prácticas y a las exhibiciones deportivas, a las concentraciones festivas, a los espectáculos de los cantantes de moda, al turismo, a las reuniones de amigos, a los cotilleos en la Red, etcétera— se opone en todo al modo como los antiguos concebían *el* ocio: mientras los primeros buscan en los programas de diversión para todos colmar su deseo de impersonalidad, los segundos disfrutaban de largos momentos de retiro y de tranquilidad gracias a los cuales se encontraban. «¿A quién me citarás que le conceda valor al tiempo, que sepa el precio de un día, que entienda que el hombre muere un poco cada día?», le pregunta Séneca a Lucilio. «Nuestro error es ver la muerte delante de nosotros. En realidad está detrás y nuestra vida pasada le pertenece». De ahí el exhorto del filósofo a la ociosidad como *recuperación* del tiempo perdido, perdido por robado,

robado por no cuidarlo. La misma recomendación que Plinio el Joven dirige a su amigo Minucio Fundano: «Abandona tú también, en cuanto puedas, el estrépito, el ajetreo en vano, tu trabajo sin interés alguno y conságrate al descanso estu-
dioso. Como dice el querido Atilio con finura e inteligencia: ¡más vale estar ocioso que agitarse para no hacer nada!». La naturaleza va minando poco a poco nuestra breve vida. Somos tan impotentes para detener su obra destructora que nada nos obliga a colaborar dejando escapar algunos momentos por «negligencia», en particular, permitiendo a nuestros contemporáneos pisotear nuestras reservas. Porque el negocio —y las obligaciones sociales que van unidas a él— no es el único medio de dilapidar el tiempo. Las relaciones humanas son ciertamente igual de cronófagas y, de ahí, neurófagas. Cuántas veces evitaremos relacionarnos con pensadores de tres al cuarto cuyos discursos, lastrados con su propia incultura, con sus prejuicios, con sus lugares comunes, nos envejecen. Lo molesto de los charlatanes es que no tienen ningún talento para la conversación. A menudo soportamos su presencia, incluso aunque sean amigos o conocidos, más por debilidad que por civismo. Aunque nos defendamos, basta con una comida o una cena para que influyan en nosotros. ¿Qué decir cuando nos encontramos en sociedad? «¿Por qué tenemos remordimientos después de habernos ido de una reunión de gente corriente?», se pregunta Nietzsche, que dice sufrir no con la soledad sino con la multitud. «Porque hemos tomado a la ligera —responde— cosas importantes, porque no hemos sido sinceros para hablar de fulano o de mengano, porque nos callamos cuando debíamos expresarnos, porque no

reaccionamos y nos largamos cuando se presentaba la ocasión, en resumen, porque nos hemos comportado como si fuéramos igual que ellos». En efecto: la esclavitud supone instinto de rebaño, placer por el ocio, misantropía. Mientras que el esclavo, capturado por el demonio de la comunicación, apunta su ánimo ya saturado de pensamientos sin tema ni objeto hacia innumerables fuentes de ruidos y de imágenes y se complace con la compañía de sus semejantes, el hombre ocioso, celoso del silencio propicio para sus divagaciones, evita cuanto puede toda conexión con aparatos y huye del trato molesto. Cuando, obedeciendo a los relojes, uno se entrega a las *mismas* tareas pesadas y distracciones que los demás esclavos y lo hace a las *mismas* horas, otro, plegándose a la lógica del *farniente* o a los caprichos de una obra, se abandona a una vida solitaria en desajuste horario. De modo que en este último punto es donde reside la diferencia entre el esclavo y el hombre ocioso: en que el primero, al contrario que el segundo, ni puede ni quiere *alienarse*. La noción de alienación, según la pensaron los marxistas de la escuela de Fráncfort y, en Francia, los filósofos contestatarios Henri Lefebvre, Guy Debord, etcétera, en una acepción peyorativa, se basa en el postulado rousseauiano según el cual los humanos serían esencialmente seres de ocio a los que un sistema social perverso, el capitalismo, llegaría a desnaturalizar. Ceguera o denegación. Basta con observar atentamente a los humanos para convencerse de que, a excepción de un reducido número, no sufren por padecer el trabajo y consumir a su pesar distracciones que, juntos, alterarían su «humanidad», sino que disfrutan. Porque para ellos nada es más humano —esencial— que trabajar y distraerse *como todo*

el mundo, en el sentido estricto de la expresión. En esto, el capitalismo es la forma social que reprime, para mayor felicidad de los neoesclavos, la alienación colmando sus deseos miméticos. Estos humanos, animados por la pasión del Mismo, reclaman y obtienen un mundo conforme o adaptado a sus tendencias gregarias, susceptible quizá, aquí y allá, de reformas, pero que en ningún caso se esfuerzan por hacerlo otro, *alienare* en latín. Este mundo, hecho para ellos, debe seguir siendo a su imagen. Razón por la cual le dan la espalda en todos los terrenos al arte que alienaría afortunadamente su sensibilidad y su juicio, naturalmente si, cosa improbable, le consagraran el tiempo necesario para penetrar en él, comprender y saborear la belleza. Los neoesclavos no son ni lectores ni melómanos ni estetas, no porque, como pretende una filosofía cándida, sus jefes, que comparten sus gustos, les confisquen el acceso a la cultura, sino porque los productos de diversión reflejan fielmente su humanidad. Los artistas les inspiran una gran desconfianza. Nada más natural que, para unos humanos momificados en vivo en sus horarios de trabajo, esos «seres por añadidura», como los llama Nietzsche, se les aparezcan como inquietantes pintores del devenir y del caos.